



NUM. 46. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID, 11 DE NOVIEMBRE DE 1860.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, AÑO IV. un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 pesos.

## REVISTA DE LA SEMANA.



or los últimos partes que han llegado del teatro de la guerra en Italia, se sabe que evacuada Cápua por capitulación, se ha efectuado la retirada de las tropas reales sobre la línea del Garellano,

donde han dado y perdido otra nueva batalla. Al efectuarse la retirada los piemonteses fueron picando la retaguardia de los napolitanos, y entre los cuerpos de las divisiones de Victor Manuel y los últimos de las de Francisco II hubo algunas escaramuzas, en que como sucede en tales casos cada partido se atribuyó á sí propio la victoria. Pero al llegar al Garellano la division del general piemontés Sonnaz se apoderó del puente de hierro; echó nuevos puentes; pasaron despues el rio los cuerpos que la seguian, y dándose al otro lado un gran combate, los napolitanos fueron encerrados en Gaeta

llegando los piemonteses hasta ocupar las alturas á media legua de la ciudad. Un parte dice que ocuparon la Mola de Gaeta, castillo perfectamente defendido y pertrechado, perdido el cual es muy difícil que se sostenga la plaza; mas como hasta ahora no han venido nuevas comunicaciones á confirmar esta noticia y se hayan pasado tres dias sin que sepamos sus resultados nos parece que ha de resultar un tanto prematura y que

no será la Mola, es decir, el castillo de este nombre el tomado, sino que lo serán sus inmediaciones. Una carta de Turin da todavía al rey Francisco II cincuenta mil hombres disponibles á consecuencia de los socorros que recibe del Austria y del Papa; pero esta carta fue escrita antes de la derrota del Garellano en que los napolitanos perdieron todo su campamento y dejaron muchos prisioneros en poder de los vencedores. Por otra parte nunca ha tenido reunidos Francisco II cincuenta mil hombres disponibles y entusiastas como dice la carta de Turin, porque si hubiese contado con ellos, seria inconcebible la marcha de Garibaldi desde Reggio sobre Nápoles con solos cinco mil hombres y su entrada en la capital acompañado únicamente de sus ayudantes. Además, un último parte nos dice que quince mil infantes, cuatro mil caballos y treinta y dos piezas del ejército real se han refugiado en los Estados Romanos, donde las autoridades francesas y pontificias iban á proceder inmediatamente á su desarme.

Sea de esto lo que quiera, los hechos innegables desde la última revista son que Cápua ha sido tomada y que Gaeta, despues de una batalla funesta para sus defensores, se halla estrechada de cerca.

El general Lamoriciere ha llegado á Roma y aceptado el titulo de noble romano que le ha conferido el gobierno de Su Santidad. No se dice que vuelva á tomar mando alguno importante; pero se aguarda con impaciencia el parte oficial que debe publicar sobre los acontecimientos en que figuró últimamente hasta la toma de Ancona. También ha llegado á Roma el general napolitano Bosco, único que en Mesina supo ofrecer alguna resistencia á las fuerzas de Garibaldi despues de la toma de Palermo. Este general Bosco dió su palabra de honor de no tomar las armas en el espacio de seis meses en favor de Francisco II; pero como no se ha comprometido á no defender á Roma, tal vez haya ido á esta ciudad á ponerse al frente de las tropas que organiza monseñor Merode, cardenal ministro de la Guerra. Algunos periódicos se preguntan qué objeto se propone monseñor Merode con esta organizacion y para qué necesita los siete ú ocho mil hombres que hasta ahora ha logrado reunir, pues que ni son bastantes para reconquistar lo perdido ni necesarios para defender lo que resta por estar ocupado por los franceses. Acaso el cardenal tiene el proyecto de pedir la evacuacion de

Roma y reemplazar la guarnicion francesa con guarnicion pontificia.

Al fin se ha publicado un documento oficial sobre la entrevista de Varsovia. Es una nota del conde de Rechberg, ministro de Estado austriaco, en la cual se dice que los tres monarcas reunidos en la capital del antiguo reino que se repartieron, se han puesto perfectamente de acuerdo y han establecido entre sí una gran armonía de miras. Este acuerdo consiste en no intervenir en los negocios de Italia y en no hacer por su parte nada que pueda suscitar una guerra en Europa.

Esta resolucion viene á dar el último golpe á las esperanzas del rey de Nápoles. Asi es que se dice que aconsejado por los jefes de las escuadras francesa é inglesa, se disponia á abandonar á Gaeta. En cuanto á pormenores de la entrevista de Varsovia se ha dicho que los polacos no quisieron dar fiesta alguna mientras estuvo en su ciudad el emperador de Austria, y en muchas esquinas aparecieron pasquines injuriosos invitando á los buenos polacos á no presentarse en los sitios manchados por la odiosa presencia del emperador austriaco.

De un momento á otro debe llegar á Madrid el señor Coello, representante del gobierno en Turin y que en virtud de las instrucciones recibidas se retira de su puesto dejando un encargado de negocios. Hasta ahora el enviado sardo en es a capital no ha recibido orden de retirarse y es probable por el tiempo que tarda en recibirla que ya no la reciba. Los diarios de Turin al dar la noticia de la marcha del señor Coello, publican una carta de don Juan de Borbon á Victor Manuel, carta que han copiado también los diarios españoles, en la cual don Juan proclamando que los derechos de los reyes nada valen sin la voluntad y el amor de los pueblos, renuncia á los suyos eventuales sobre la corona de las Dos Sicilias y felicita á su antiguo compañero de armas por los triunfos de sus tropas.

Decíase que á ejemplo del representante del gobierno español se retiraria también de Turin el de Portugal; pero esta noticia ha sido desmentida por los papeles portugueses. Tampoco se ha retirado el enviado prusiano; y en cuanto al ruso, se supone que si bien la Rusia como la Francia han manifestado disgusto por los sucesos de Italia, este disgusto no es tanto por los resultados de la lucha como por la manera con que se ha entablado, manera en concepto de la Francia y de la Rusia contraria á

los principios del derecho escrito. Si esto fuera cierto, Francia y Rusia estarían dispuestas á reconocer los hechos consumados luego que se consumen.

Las fuerzas anglo-francesas han obtenido una gran victoria, aunque costosísima, en su expedición para forzar la embocadura del río Pei-hó. Atacaron de frente los fuertes de Ta-ku que defendían la entrada, y donde hace un año habían sufrido una derrota; y después de haber perdido cuatrocientos hombres, lograron apoderarse de ellos. Muchos mandarines chinos al verse vencidos se suicidaron; otros huyeron; la ciudad de Tien-tsin, inmediata á Ta-ku, se entregó con poca resistencia, y los plenipotenciarios inglés y francés se disponían á marchar á Pekin, donde se decía que el emperador había prometido recibirlos amistosamente. Peligrosa es todavía la marcha que van á hacer los enviados europeos entre una población exasperada por las recientes derrotas, y que les mira como bárbaros indignos de consideración. Aun cuando lleguen á Pekin, todavía hallarán dificultades para presentarse al emperador, á no ser que se sometan á las nuevas genuflexiones de la etiqueta de la corte celeste.

Tenemos pocas noticias de Cochinchina y esas malas. La persecución contra los cristianos continúa, habiéndose exasperado últimamente en el Ton-kin. Esto indica que la expedición hispano-francesa, á pesar de su valor y sacrificios, sin duda por su corto número, no ha producido los resultados que hubieran sido de desear.

Tampoco las noticias de Siria son satisfactorias. La expedición francesa, como desde el principio previmos, ha resultado insuficiente; los cristianos refugiados en las grandes poblaciones, se encuentran sin recursos y apelan á la caridad de sus correligionarios de Europa. Creemos que el clero español tiene aquí una ocasión de ejercitar su celo evangélico, escitando á los fieles á contribuir con sus limosnas al alivio de los cristianos de Oriente. La embajada francesa abrió á su tiempo una suscripción, que no creemos haya producido lo que debiera producir en nuestro país.

De España nada tenemos que revistar en materia de acontecimientos políticos: ya en la semana pasada hablamos de las exposiciones públicas celebradas en Alicante y Barcelona, la primera una de las más concurridas y extraordinarias en que se han presentado productos escogidos que muestran grandes adelantos en la agricultura; la segunda igualmente importante como prueba de la altura á que puede llegar el genio industrial de los catalanes.

El señor Ojo y Gomez ha publicado un folleto sobre el pensamiento de lengua universal, elogiando á su autor y diciendo que España es la primera nación que tiene la gloria de haber concebido un proyecto realizable de este género. Acerca de este punto ya hemos dicho en otra ocasión lo que se nos ocurría, y nada tenemos que añadir.

La Zarzuela nos ha ofrecido varias noches consecutivas el espectáculo de una pieza llamada *Gil Blas*, en tres actos, escritos por el señor Eschrich, y puestos en música por el señor Manzcocchi. El primer acto es bastante regular: el libreto comienza á interesar y la música interesa desde luego; pero en los otros dos el argumento y la música decaen de tal suerte, que al fin el público llega á convenir en que la obra es decididamente mala.

El Príncipe ha puesto en escena *El Sol de invierno*. Comedia del señor Marco, llena de gracia y poesía, aunque de pocos incidentes. El público llamó al autor á la escena y le aplaudió justamente.

En el teatro de Oriente se ha representado la *Norma*. Sobresalió la Jullienne en el primer acto; pero en el segundo se le oscureció la voz.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

## EXPOSICION DE BELLAS ARTES.

### IV.

Uno de los cuadros más bellos que se ven en la actual exposición, y el que más ha llamado la atención de la multitud, es sin duda alguna el titulado *Los Comuneros en el patíbulo*, del Sr. Gisbert. Efectivamente; si el asunto no fuese ya suficiente á atraer sobre sí las miradas del público, su perfecto desempeño lograría en verdad, que las personas verdaderamente inteligentes, le distinguiesen con su aprobación, y con sus simpatías.

Todos conocen el origen y tendencias de las comunidades y el fin desastroso que hallaron en los campos de Villalar las huestes populares al frente de las cuales se habían puesto los tres nobles que tuvieron que subir al patíbulo, dando un ejemplo elocuente de lo que son las glorias mundanas, y de cuán perecederas y cuán vanas son las cosas de los hombres. Aquella insurrección, si bien no tan estudiada como fuera de desear, para comprender cuántos elementos heterogéneos entraban á formar causa común con las comunidades castellanas, es harto notable en nuestra historia para que hoy que el pintor levanta el velo del pasado para presentar en el lienzo los hechos gloriosos de que fue teatro el suelo español, no se apoderease de ella y hiciese lo que gracias á su verdadero talento pudo hacer el Sr. Gisbert.

La noble figura de Padilla, la de Bravo el impetuoso,

la de Maldonado el buen caballero, podían efectivamente prestarse á mucho, cuando al santo amor que les profesa el pueblo, cuando á la simpatía que á todo corazón verdaderamente sensible arranca el triste espectáculo de que toma asunto el cuadro del Sr. Gisbert, se une la circunstancia de que el artista ha sabido sacar del asunto todo el partido posible. Es en verdad necesario detenerse ante el cuadro de cuyo exámen vamos á ocuparnos, contemplarlo con detención, mirarlo con los ojos del arte en fin, para comprender que se trata de una bella obra artística, lo mismo que de efecto, de notable ejecución.

Prescindamos por un momento de ciertos disculpables defectos históricos de que le acusan algunos, acerca de los detalles de aquel célebre y desgraciado suceso, puesto que no es ciertamente en España donde más severos se puede ser con faltas de este género. La ciencia histórica está entre nosotros demasiado descuidada, no contamos un solo libro á donde puedan acudir los artistas en busca de los datos necesarios para el mejor desempeño de sus obras y para mayor desgracia el señor Gisbert pintó su cuadro en el extranjero. Teniendo pues, esto en cuenta, podemos muy bien perdonarle dichos defectos, no sin que consigamos aquí que el no ser tan exigentes con el Sr. Gisbert como pudiéramos, no es ciertamente porque desconozcamos la importancia de ciertas faltas puesto que un cuadro histórico, debe ser histórico en todo y representar fielmente el asunto sin olvidar el más mínimo de los accesorios. Perdonamos fácilmente á los pintores del Renacimiento el que presenten á los judíos del siglo de Augusto con corazas del siglo XV, pero á los pintores de hoy, no tanto, porque ya se puede ser con ellos un poco más exigentes.

El Sr. Gisbert escogió para su cuadro, el momento en que el verdugo después de degollar á Maldonado, enseña desde el tablado su cabeza al público. Padilla en la más noble actitud contempla el cadáver de su compañero; los dos frailes que están á un lado, y la figura de Bravo que sube con impetuosa arrogancia las escaleras del patíbulo, seguido de un fraile, completan la composición. Nada en verdad más bello; todo está admirablemente pensado y combinado, nada descuidó el artista, las figuras se hallan perfectamente distribuidas y el efecto es completo. No se puede negar que la composición está sentida, lo mismo que cada una de las figuras en particular, pero lo que más llama la atención de los inteligentes es lo bien dibujadas que se hallan todas las figuras, y en especial la de Maldonado que es inimitable. Las del verdugo y su ayudante son bellas en particular la de este último que es demasiado grande y las de los frailes perfectas, ya por la expresión, ya por lo sentidas que están, ya por el hermoso estudio de paños, que presenta el autor especialmente en el fraile joven. Este precioso cuadro, bien concebido, y desempeñado con bastante habilidad, tiene un defecto grave en cuanto al color, que es falso y sobre todo frío; el Sr. Gisbert que siente el dibujo, no siente el colorido; en el cuadro de que nos ocupamos, todas las figuras están tocadas en un mismo tono, y por lo mismo se nota en el todo del cuadro, una frialdad glacial, que por bien del Sr. Gisbert no quisiéramos haber advertido. Consuélese sin embargo el joven artista: en el cuadro de que acabamos de ocuparnos, lo mismo que en los otros dos estudios del desnudo de que vamos á hablar, ha demostrado que posee una de las principales dotes del artista, el dibujo.

Efectivamente, por él llaman la atención de los inteligentes sus dos preciosos cuadros titulados *Venus saliendo de la espuma del mar* y *un Bacante*, que son sin disputa, bajo este aspecto, de lo mejor que se ve en el salón de la Trinidad. Perfectamente dibujada, la *Venus*, es un bello estudio del natural; sin embargo aquella hermosa figura, llamaría más la atención á tener una cabeza más noble, si puede decirse así, y si el color no fuese tan frío y débil, pero en cambio la mar en cuyas aguas transparentes baña sus pies la mudable deidad, está admirablemente hecha, y es todo lo que se llama una mar clásica. Se acusa al autor de no haber comprendido bien el asunto, pero á nuestro modo de ver injustamente: convenimos desde luego en que el asunto no está bien espresado, pero hay que convenir asimismo en que tampoco hay otro medio más adecuado de espresarlo, el defecto, pues, no está en el artista, si en el asunto. Mas feliz estuvo en la segunda figura titulada *Un Bacante*, que supo reproducir con toda la gracia, con toda la varonil hermosura del joven amigo de Baco. Coronada la hermosa cabeza con los pámpanos, sacudiendo el tirso dedicado al dios del vino, levantando en el aire la copa, parece que en sus labios entreabiertos para las libaciones se oyen todavía las sagradas palabras—¡Evohe! ¡Evohe! que retumban á lo largo de la floresta, mientras el joven bacante recorre á prisa el espeso bosque donde la divinidad tiene sus altares. ¿Qué diremos de él? Nada, sino que está perfectamente dibujado, que su color es mucho más aceptable que el de los demás cuadros del mismo autor y que nos ha dado en el *bacante* una hermosa figura llena de vida y de gracia varonil. En suma el Sr. Gisbert ha probado, que es un joven de grandes dotes y de grandes esperanzas para el arte: el adelanto visible para todos que ha logrado desde la pasada exposición nos da derecho á esperar de él muchísimo más en lo sucesivo: no se duerma pues al sonido de las felicitaciones y de las alabanzas, acuérdesse de que el camino del arte es largo, áspero y estrecho, estudie con fe; pues el porvenir es de los

jóvenes de talento, que han nacido para honrar con sus obras el nombre harto despreciado de su patria.

### V.

Pródiga fue la antigüedad en admirables y bellas creaciones: nadie hay que conozca la historia artística del pueblo griego que no sepa que fue aquella región que baña el Adriático con sus armoniosas olas, hermosa cuna del arte antiguo; del verdadero arte. El sereno cielo de la Grecia, el aire puro que gemía en los bosque de laureles, las claras mañanas que aparecían en los horizontes que poco antes iluminaban las pálidas estrellas, la risueña imaginación de los hijos de aquellas sagradas comarcas, todo contribuía á que el artista griego rindiere culto especial á la belleza, y fuese esta su más grande y verdadera inspiración.

Era además su religión á propósito para hacer que el hombre detuviese su mirada sobre todas las magnificencias de la tierra. En cada bosque silencioso habitaban las hermosas driadas, los sátiros de largas barbas tenían allí su morada, los dioses poblaban invisibles los sombríos recintos; en cada fuente que brotaba entre los mirtos consagrados al amor, en cada corriente cristalina, bajo las frías ondas, las ninfas tenían su vivienda sagrada; la naturaleza, pues, estaba enteramente animada por el soplo de la divinidad. Sus costumbres, sus fiestas, su vida pública, les daban también un aspecto que ningún otro pueblo ha logrado tener: sus dioses vivían en el Olimpo la vida de los mortales, y hé aquí cómo el artista, si bien ageno á las vagas y sublimes abstracciones del arte cristiano, tenía un campo vastísimo en que desplegar su genio.

El arte griego tuvo por base, si podemos decirlo así, dos cualidades eminentes que ningún otro ha poseído antes que él, que después todos tomaron de él, á saber: la sencillez y la pureza de las líneas; y nadie á su vez como los artistas griegos, comprendió el desnudo, verdadera, inagotable fuente de belleza, tal como aquel arte llegó á comprenderlo y á explicarlo. Todavía son sus obras estudiadas, admiradas, imitadas; sin que jamás se haya llegado, no ya á sobrepujarlas, sino á hacer algo parecido á aquello, que los artistas griegos nos han dejado para que sepamos hasta dónde alcanzaba su talento.

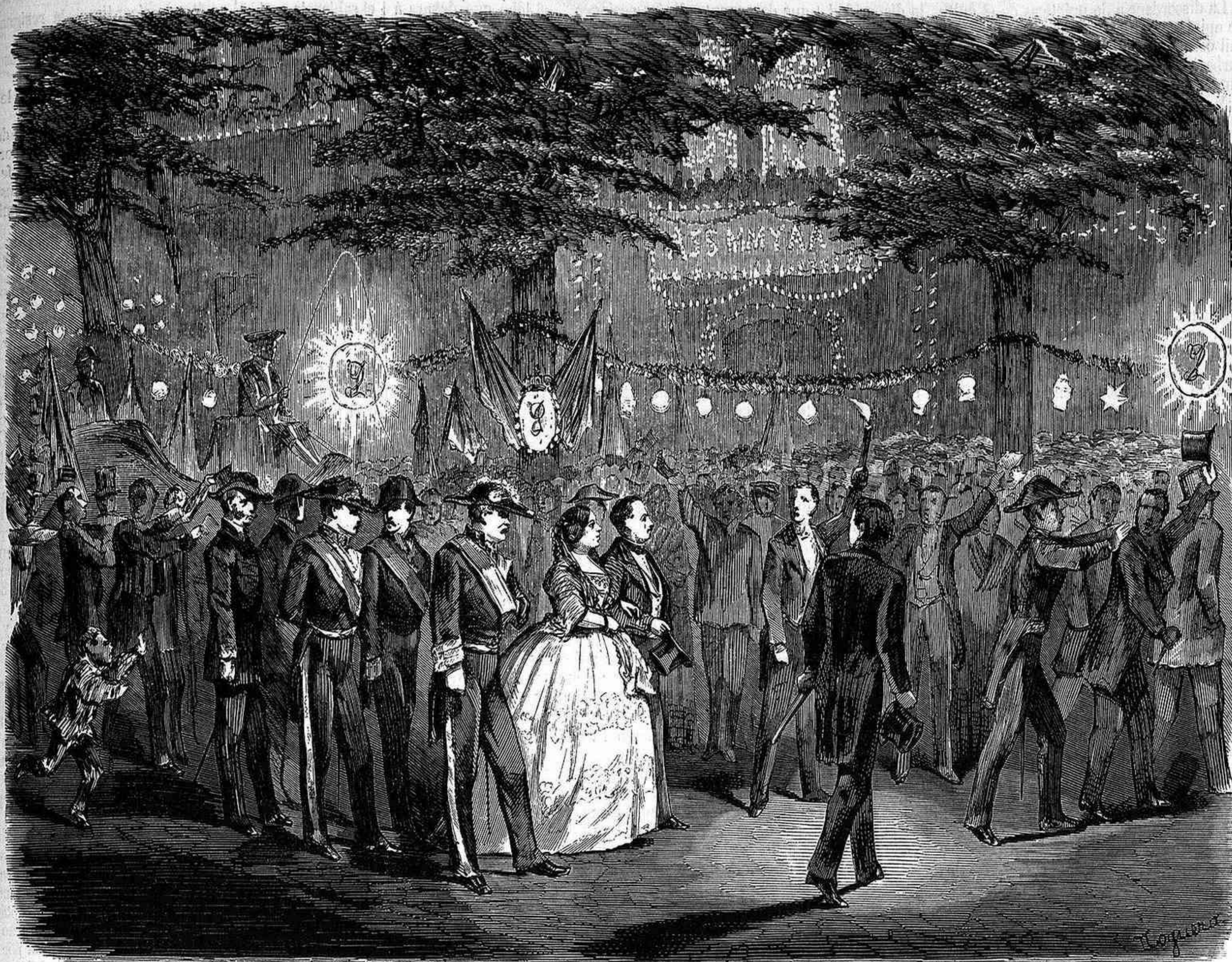
Siendo el desnudo lo más difícil que se conoce en el arte, y teniendo que representarse la mayor parte de los asuntos mitológicos cuando más, cubiertos los personajes con túnicas cuyos pliegues se prestan á la vez á un estudio especial, claro está que dichos asuntos, por ser todos ó en su mayor parte de figuras desnudas, presentan al artista una dificultad que no toca tan de lleno el pintor del género histórico.

Nuestras costumbres, nuestra civilización actual que no es en verdad tan pagana como el Renacimiento, no da gran preferencia á los asuntos mitológicos; antes al contrario, los históricos y los de costumbres se llevan toda su atención. El arte pierde en ello bastante, nuestros jóvenes artistas solo pintan *Venus* y *Apolos* como estudios del desnudo; y como hallan otros caminos más fáciles y en donde el triunfo les sonríe, abandonan el arte clásico y se agolpan á todas las avenidas en donde el comercio de cuadros, les abre su bolsa, en nuestra patria bien pequeña y escuálida, por cierto. Hé aquí por qué tan escasos han sido en esta exposición los cuadros de asuntos mitológicos y por qué á parte de los dos presentados por el señor Gisbert y de los cuales acabamos de hablar, los demás no son en su mayor parte de gran mérito artístico.

Debemos sin embargo citar aquí, y en primer lugar al señor don Dioscoro Teófilo Puebla, que presentó dos cuadros titulados *Episodio de una bacanal* y *Una bacante y un sátiro*, aun cuando este último cuadro está por concluir por enfermedad del autor, y nos priva de este modo de entrar en su exámen. El primer cuadro marcado con el número 210, tiene bastante buenas dotes, para que desde luego nos fijemos en él y procuremos entrar en su exámen y descripción. Nótese en primer lugar que la figura de la bacante está bien dibujada, en especial el torso, y que el color en general es bueno, particularmente en la figura de que venimos hablando. Las que se hallan sentadas hacen algo duras, no empastan bien con el fondo, puesto que aparecen como recortadas, y el busto del sátiro es demasiado grande para el tamaño de las demás figuras. A pesar de todo el señor Puebla, hizo de este cuadro una obra bastante aceptable y esperamos que en las sucesivas exposiciones hará por merecer cumplidamente el aprecio del público inteligente, que en este cuadro celebra las buenas dotes que el autor descubre en él.

Sentimos en verdad no poder decir otro tanto del cuadro presentado por el señor Hiraldez Acosta, *Venus se aparece á Anquises, resultando de este encuentro el célebre Eneas*, porque no está bien comprendido al asunto, ni el autor puso gran cuidado en el dibujo de las figuras, cuyos extremos son lo único que pueden elogiarse con justicia. El color es bastante chupado, y el señor Hiraldez debe huir en lo sucesivo de este defecto.

Réstanos ahora hablar del cuadro titulado *Una bacanal*, original de don Agapito García Valdeavellano, y asunto presentado con bastante verdad, ya en el todo de la composición, ya en sus detalles. Aunque su dibujo no pasa de mediano, y el color es bastante flojo, distínguese este cuadro por algunos grupos bien dibujados, como



VISITA DE SS. MM. Á LAS ILUMINACIONES DE BARCELONA, LA NOCHE DEL 23 DE SETIEMBRE ÚLTIMO.

El alma que hasta entonces solo habia gozado, empezó á sentir: la vida se presentaba bajo una nueva fase, tanto mas terrible cuanto mas justa habia sido la sentencia que condenaba al primer pecador á vivir con el sudor de su frente.

Adán, en la presencia de Dios, al ser arrojado del paraíso, no hizo mas que avergonzarse de su falta, de su fragilidad, pero entregado luego á la soledad del pensamiento, se estremeció de pavor, porque solo entonces su alma adivinó lo que la presencia del señor significaba.

La idea religiosa, la verdadera revelacion de la divina esencia nació entre la falta y el castigo, entre el remordimiento y la expiacion, en medio de un espacio sin límites, digna cuna de un gigante que venia á llenar el mundo.

Y el hombre al sentir el roce de sus alas en la enardecida frente, se prosternó espantado y oró...

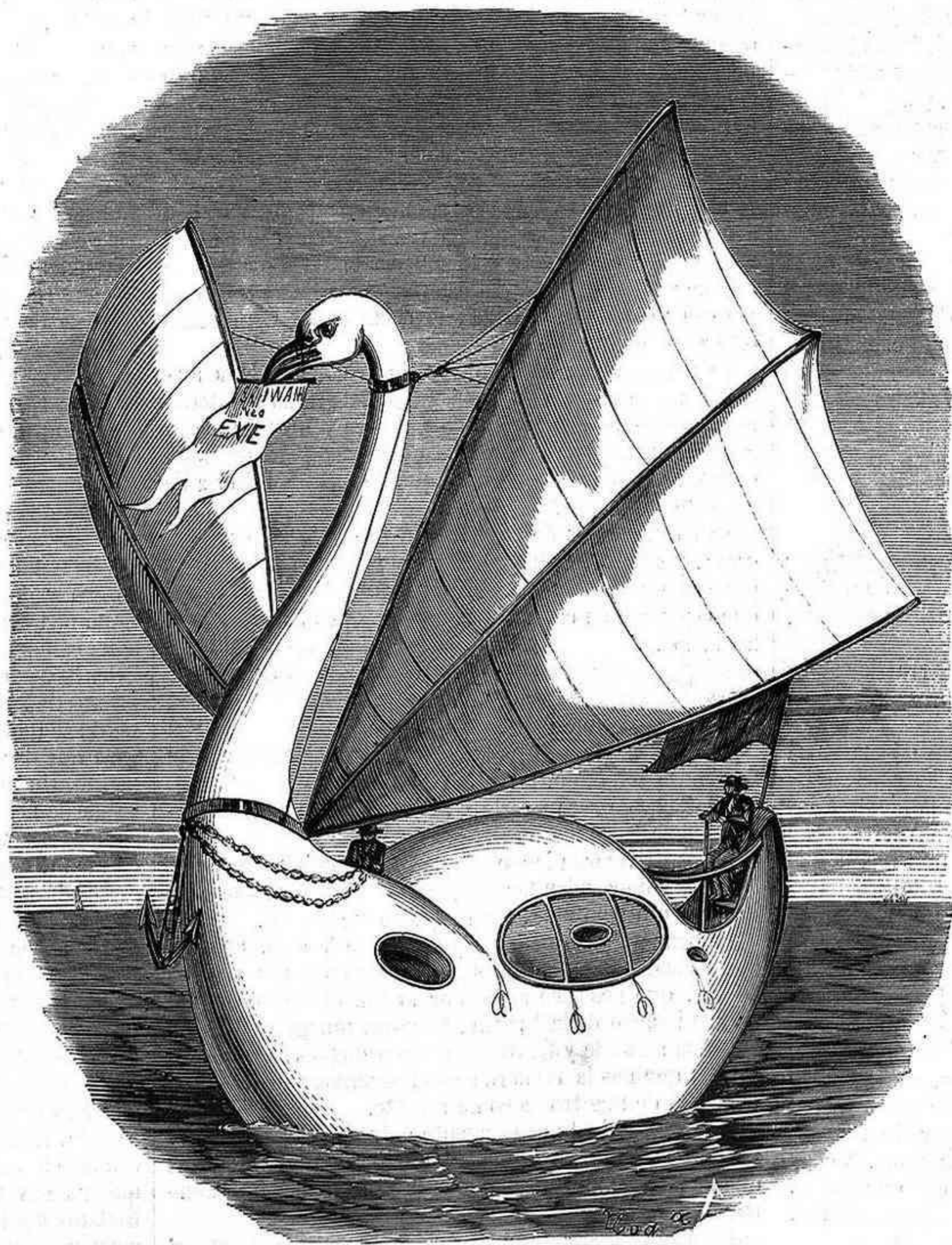
La idea se encarnaba en la palabra.

Fue necesario que Dios se mostrase justiciero, que castigando hiciese uso de su poder, para que el alma le comprendiese, y que el hombre se reconociera gusano para temblar ante él.

La naturaleza humana es harto mezquina, sobrado raquítica para adivinar: la luz, antes la ciega que la ilumina.

II.

Todas las naciones, todos los pueblos, aun los menos civilizados, han sentido casi instintivamente la necesidad de la idea



EL NUEVO YACHT, TITULADO EL CISNE DEL EJE

religiosa como base de su existencia, como eslabon entre un presentimiento y la vida real, y adviertase que la palabra subrayada escluye á los que profesan la religion cristiana.

La ignorancia ha hecho de ella un arma terrible y mortífera, arma de asesinato y no de lucha.

Por lo demás este sentimiento es tan innato en el corazón del hombre como el de su propia conservación. Si algo hay en él anterior á sus malos instintos es la idea religiosa. Puede decirse que es el último y mas inespugnable baluarte del alma contra la materia: la sombra de la divinidad proyectada sobre su frente.

Desde su aparición en el mundo tropezó con multitud de errores, hijos mas bien de la soberbia que de la ignorancia de los hombres, quienes fuéronla disfrazando mas ó menos grotescamente, haciéndola acomodaticia á sus inclinaciones y placeres.

La historia del paganismo es un testimonio de nuestro aserto: los ídolos de sus diferentes sectas nada mas que la espresion de la idea en diversa forma, como dos palabras distintas que enseñan el mismo pensamiento.

Vemos, pues, que la idea mas ó menos material mas ó menos abstracta era la misma, y es que donde no obraba la teoría de la razón, obraba la del instinto, teoría extraña inconcebible hasta cierto punto, pero que existe.

Los hombres que pensaban algo se la imponían al pueblo, no tanto porque ellos la sintiesen en sí mismos, sino porque contribuía notablemente á aumentar y sostener su prestigio.

La discordancia de prácticas en el culto, la disparidad de opiniones, ya por ignorancia ó por malicia, provocaron mil conflictos entre los hombres, repugnantes escenas de barbarie y asesinato cuya historia debiera escribirse con sangre y lodo.

Y es que el pueblo, aunque extraviado, defendía la base de su derecho, la santidad de su ser.

Hasta que apareció el cristianismo, y el drama que se representó en el Gólgota fue la confirmación de la idea religiosa: después del bautismo de lágrimas vino el bautismo de sangre.

La forma de que se revistió al encarnarse nuevamente entre los hombres fue menos abstracta que la primera: al símbolo sucedía el verdadero sacrificio, á la teoría de la antigua ley la práctica de la nueva, y ya el pueblo no necesitaba la explicación de los doctores y de los sabios para conocer á su verdadero Dios, pues que este venía á habitar para siempre entre los hombres.

El cristianismo tenía que luchar con las preocupaciones arraigadas por la costumbre. Toda idea nueva encuentra mil obstáculos en su camino; pero si vence, su triunfo es mas grande, y el triunfo de la nueva doctrina correspondió á lo sublime de su naturaleza. Semejante á esas nubes imperceptibles que apenas se distinguen en el horizonte pero que van estendiéndose poco á poco hasta sorberse la luz del sol, lanzando de su seno el rayo y la centella, nació el cristianismo en un miserable portal de la Judea para llenar el mundo con sus divinos resplandores.

Sonó su voz en el espacio como el estampido del trueno, y cayeron de sus pedestales de barro, rodando por el lodo los ídolos del paganismo.

Sentencias injustas de tribunales incompetentes, dictadas por el odio y el despecho, condenaban al circo á multitud de víctimas; pero aquella sangre fecundaba la tierra donde crecía y se desarrollaba el nuevo árbol de la vida.

Después de esta lucha de titanes, cuando la cruz de la redención proyectaba su sombra bienhechora sobre multitud de pueblos, vinieron otras guerras de intolerancia religiosa, la peor de todas las intolerancias, divisiones de la nueva iglesia, cismas impíos apoyados en doctrinas quizás mas perniciosas que las de los antiguos ídolos.

La defensa que entonces se hacia de la idea religiosa, era acaso peor que una derrota, porque el fanatismo luchaba por la convicción.

¡Horrible maridaje de palabras!

Al antiguo circo sucedió la Inquisición con sus hogueras y sus potros, mas espantosos que las garras del león y el rugido del tigre: á los emperadores romanos, sacerdotes sin fe que prestaban su sanción á aquellas escenas de caníbales y acaso mas de un mártir llevó al sepulcro el sello de los herejes.

Porque los ídolos no tenían como en los primeros tiempos un templo público; se les sacrificaba *in petto*.

Pasaron aquellos disturbios que desgraciadamente fueron de larga duración: empezóse ya á conceder al pensamiento mas libertad de vida, y poco á poco, aunque sin desaparecer totalmente, fueron siendo menos pesadas las cadenas que le sujetaban al yugo de los errores.

Entonces este al leer en el libro de lo pasado los excesos cometidos en nombre de la idea religiosa, se estremeció de espanto, como la duda ante la muerte.

Adivinó la augusta majestad de un Ser Supremo, cuya memoria se había invocado para sacrificar á Satanás, y elevándose horrorizado hasta la cima del Gólgota protestó solemnemente de su participación en tanto crimen.

Hasta aquí la idea religiosa ha subsistido aunque combatida siempre por seres ingratos y degradados ante su propia conciencia...

¿Pero qué ha venido á ser en nuestros días?

### III.

En primer lugar este sentimiento tiene que combatir contra dos enemigos, terribles ambos, aunque de distinta naturaleza. La superstición y el escepticismo: es decir, el celo exagerado y la indiferencia.

Estos dos antagonistas la hacen una guerra de esterminio, siendo el primero mucho mas peligroso que el último.

El escepticismo, esa nueva escuela cuya base es el egoísmo mas refinado y cuya única doctrina consiste en negarlo todo, es á la idea religiosa lo que la niebla á los rayos del sol: los debilita un momento, los envuelve, pero estos la deshacen, brillando después con mas fuerza que nunca.

Desde los adoradores del sol hasta nuestros días, no ha habido secta ni doctrina, lógicamente considerada, con menos elementos de existencia que el escepticismo. El amor propio vencido ante la impotencia ha obligado al hombre á ser escéptico.

—¿Quién es Dios? ¿dónde está? Examinemos las causas de su existencia para apreciar su poder. Busquemosle en el Sinai por si los flancos de la montaña conservan aun el eco de su voz: subamos al Gólgota por si encontramos la huella de su pié en la maleza del camino... No hay mas que la nada después de la vida... el vacío no mas... la muerte es el último término de una regla de proporción.

Y negado el principio ¿qué cuesta negar lo demás?

Luego el escepticismo es muy cómodo tambien: es el hombre que llega á los veinticinco años y á nadie tiene

que dar cuenta de sus acciones... el lobo que devora á una oveja porque tiene hambre.

Poco puede temer la idea religiosa de esta doctrina; los tiros de semejante adversario jamás le herirán de muerte.

Pero queda la superstición mil veces mas terrible que el escepticismo por lo mismo que no niega el sentimiento religioso. La superstición es la parodia de la fe, como lo es el libertinaje de la libertad.

La superstición ha hecho casi siempre un gran papel do quiera que la idea religiosa ha sufrido algun ataque: es un cuchillo afilado en poder de un niño, que sin saberlo puede darse la muerte.

El hombre supersticioso es fanático y el fanático no está muy lejos de ser impío, ó por mejor decir, lo es casi siempre. Las guerras de religion nos demuestran evidentemente hasta qué punto se apartaba el hombre de la doctrina del crucificado. La superstición empobrece el pensamiento, y le hace conocer á Dios mas bien injusto que clemente y justiciero. Los mártires y los santos morían ensalzando el nombre de Dios, mientras que el supersticioso vé acercarse su última hora rodeado de ridículos terrores.

### IV.

En nuestros días el sentimiento religioso tiene dos medios de existir entre nosotros: dos símbolos que rechaza el sentido comun.

Primero, el hombre cuyas prácticas religiosas no pasan del dintel de su gabinete, por miedo de que el mundo se ria de él. Este hombre quiere ser cristiano sin aparecerlo, y aun cuando hace gala de escéptico entre sus amigos, tiembla aterrorizado al oír en la iglesia un sermón cualquiera.

Este hombre á quien nos referimos es un símbolo de tontería y estupidez, porque aparentar lo contrario de lo que se cree sin necesidad es la última expresión de la idiotez. Dicho individuo coloca al hombre sobre Dios. puesto que teme mas las burlas del primero que la justicia del último.

Sin embargo, colócale en cualquiera situación apurada y le veréis proclamar en alta voz su arrepentimiento y negar todo lo que antes afirmaba.

Estos entes jamás hubieran inventado la pólvora.

El otro símbolo á que me refería es el tipo opuesto; el hombre que dice sin que le pregunten, que es cristiano por oficio, como pudiera ser zapatero ó albañil y que tiene un lujo de religion inusitado. Su creencia se manifiesta siempre por actos de gran espectáculo, y si un día de procesion tuviera una cita en el paraíso terrenal faltaría á su palabra.

Este hombre no ama el culto por el culto, no le practica por Dios mismo, apenas tiene idea de Dios. Para orar, para invocar su nombre necesita un templo con terciopelo y lámparas, profusión de luz sobre todo, y mucha concurrencia. Es individuo de varias congregaciones solo porque le nombren mayordomo de cera, ó tesorero ó le confieran otro cargo en el que se pueda lucir; á pesar de todo esto vedle un día de funcion en una iglesia hablando alto, mostrándose irreverente como si la casa del Señor fuese la plaza pública.

Estos hombres se llaman cristianos en alta voz y no han averiguado seriamente ni una vez siquiera si lo son. La verdadera idea religiosa está muerta en ellos ó á lo menos galvanizada. El culto exterior le practican con lujo, pero la verdadera doctrina, la doctrina del Crucificado está algo descuidada.

La religion en espectáculo es el espectáculo de la impiedad; con solo que la vista quede satisfecha del decorado, podemos estar tranquilos. Luces y orquesta para los sentidos, que la congregación sobrepuje á todas las demás en lujo y esplendor... ¿qué importa la miseria de nuestros hermanos?

Estos cristianos de afición son intolerantes como el error, y si las antiguas persecuciones de la iglesia empezasen nuevamente acaso no serian del número de los que espirasen en el tormento por negarse al sacrificio de los ídolos.

### V.

La idea religiosa nos ofrece el mismo ejemplo que el Salvador del mundo. Habitó entre su pueblo largo tiempo y este lejos de reconocerle y adorarle le crucificó escarneciéndole.

Pocos adivinaron la esencia de Dios en el hombre.

Pocos comprenden tambien la verdadera forma de este sentimiento tan dulce, tan magnífico y sublime.

La primera voz que le despierta, que le inicia en nosotros cuando no pensamos, es la cariñosa voz de una madre, que nos hace arrodillar al pié del ara ó delante de una imagen de la Virgen, mientras murmuran los labios una sensible y fervorosa oración dictada por ella. El último que nos la recuerda es el sacerdote sentado á la cabecera de nuestro lecho de muerte.

Este sentimiento es el agente entre Dios y el alma, y aunque pocas, existen en el mundo algunas criaturas que pueden definirle exactamente porque le llevan dentro de sí.

La idea religiosa combatirá siempre para triunfar; es el cimiento del mundo, la base del derecho, el manantial de cuanto hay noble y bueno en el hombre, el genio en

el sabio, la caridad en el misericordioso, la resignación en el paciente...

La sombra de Dios, en fin, proyectada sobre nosotros por un efecto de su soberana clemencia.

La idea religiosa tan antigua como el mundo, le llenará algun día con los vivos destellos de su luz.

Después de asistir al diluvio y á la destrucción de las ciudades malditas, después de ser escarnecida por los réprobos y exaltada por los hombres de verdadera fe, irá á iluminar la gloria del Señor el día en que su justicia mine los cimientos del mundo y caiga este derrumbado en el abismo.

PEDRO ESCAMILLA.

## UN NUEVO YACHT.

El 18 de setiembre salió del astillero de Exmouth en el Devonshire meridional, el gracioso yacht, cuya figura está fielmente representada en nuestro grabado. Su construcción es conforme al modelo del Mute Swan (el Cisne mudo), de Bewick, pero cuatro veces mayor; su autor y dueño es el capitán Jorge Peacock. La parte exterior del barco está barnizada de blanco con molduras doradas, y todo el interior es de la clase mas elegante. En una bandera de seda azul que ondea al viento en una barra de metal dorado que sale del pico del ave, se lee el nombre del barco *El Cisne del Exe*; el Exe es un rio dividido en dos brazos, en uno de los cuales se halla ahora este barco tan extraño.

La longitud del *Cisne*, es de diez y siete pies y seis pulgadas; en su mayor anchura tiene siete pies y seis pulgadas, y su altura desde la quilla hasta el punto mas elevado de la espalda, es de siete pies y tres pulgadas, lo que da exactamente una dimensión cuatro veces mayor que el *Cisne mudo* de Bewick. El buque presenta tambien en sus detalles las proporciones de un cisne en una escala superior. Su cuello y su cabeza, elegantemente cortados y en formas agradables, se elevan diez y seis pies sobre el nivel del mar. Las alas del ave están representadas por las velas que se elevan y descienden por medio de vergas que corren por poleas doradas, unidas al cuello por un anillo dorado. El barco tiene dos quillas, ó por mejor decir, se divide debajo del agua en dos botes; está formado de dos mitades iguales ó gemelas, y el agua sube por debajo del barco á un receptáculo oblongo, practicado en el medio. De esta manera no solo conserva el *Cisne* su posición recta cuando pasa por uno de los muchos bancos de arena que hay en el Exe, sino que no necesita lastre alguno, ni hay temor de que caiga ó se sumerja. Así, pues, este barco es un bote perfecto de salvación. En vez de tener las quillas una dirección paralela, como sucede generalmente en los botes dobles, van separándose progresivamente una de otra hacia la parte de atrás, dejando de este modo un paso mas libre al agua. Además de las alas tiene tambien el *Cisne* por debajo dos remos de un tejido de metal de la misma forma que las patas de los palmípedos, los cuales se hallan entre las quillas y se mueven por una palanca que funciona por medio de manubrios movidos por cuatro personas, como las bombas para el fuego. Además, el movimiento de esta ave magestuosa, puede acelerarse por dos remos comunes, y el timón construido en forma de cola de pez, puede aplicarse á este objeto. El capitán Peacock cree que con la acción comun de todos los medios de impulsión, puede recorrer cinco millas inglesas por hora; pero esto solo en agua tranquila y en un lago, ó un rio de corriente poco rápida.

La disposición interior tiene semejanza con un wagon de primera clase del ferro-carril; y si se imagina un asiento de cocheró en vez del cuello del cisne, el barco será un coche muy agradable. Los asientos están cubiertos de tafete verde, y llenos por dentro de pedazos de corcho y de filamentos de coco. La cubierta del barco tiene una concavidad de tres pulgadas, que se llena de agua con el objeto de templar el calor del interior. A los lados hay puestas celosías que pueden levantarse, y vidrieras de forma ovalada que pueden levantarse ó bajarse segun se quiera. En medio hay una mesa bastante grande para que doce personas puedan comer en ella cómodamente. Un excelente colchón sobre la cubierta proporciona por la noche una buena cama. En la mesa hay hechas algunas aberturas que caen sobre el agua que hay debajo; de modo, que estando á la mesa, hay ocasión de dedicarse á la pesca, y hasta se ha cuidado de tener un aparato para guisar con prontitud, por lo cual los pescados que se cogen pueden servirse á la mesa en pocos minutos. El humo de este aparato sale por el cuello y las ventanitas de la nariz del cisne.

En la parte del pecho del cisne, se halla la cámara amueblada como gabinete de señoras. Al mueblaje de esta pertenecen un aparato de bomba, una jofaina con agua fresca, y cierto número de alhacenas para guardar lo necesario. El piloto se sienta en alto en la cola del ave, y conduce al buque tan fácilmente como un cocheró de alquiler á sus caballos. Detrás del cuello hay una abertura bastante grande para que pueda salir un hombre por ella cuando sea necesario cargar las velas ó echar las anclas. *El Cisne del Exe*, mide cinco toneladas y pesa diez y seis quintales próximamente; cuando está completamente car-

gado y h  
diez y síe  
La pur  
sangre de  
que desde  
cristo no  
do). Era  
producia  
mar arro  
por al u  
pedazo el  
y los dier  
mancha s  
al día sig  
peces, p  
otros que  
habian qu  
dueño y e  
cieron el  
para cau  
sangre co  
en los vas  
no se corr  
de lana y  
ties. Tra  
mas visto  
corruptib  
crece qui  
do esta ca  
hermosur  
los supre  
Estaba  
Era vien  
seo bastar  
Había y  
ban al air  
ciones.  
Yo acor  
A pesar  
viado por  
¿En qu  
Cuando  
voz de Di  
zando el a  
esos insta  
creemos n  
relaciona  
Me hall  
lian. Siem  
puesto á g  
no sé qué  
Con un  
frido como  
riposa, y  
lándose de  
Iba á er  
que me to  
Entonce  
Pero de  
Volví la  
completam  
La luna  
A su lu  
me fue in  
Tentado  
za superio  
curiosidad  
—¿Ere  
—Yo s  
involuble  
caras.  
—Si; t  
con las ris  
—¿Cre  
—Si cr  
—¿Cre  
—Lo d  
—¿Por  
—Porq  
desentend

gado y hay á bordo quince personas, no entra mas que diez y siete pulgadas en el agua.

## LA PURPURA DE TIRO.

La púrpura, dice un antiguo escritor español, era la sangre de un pececillo llamado Murice (y digo era, porque desde la hora en que espiró nuestro Redentor Jesucristo no se ha vuelto á ver en ninguna parte del mundo). Era, pues, un pececillo de los que el mar de Tiro producía en la fortificación de dos conchas. Había este mar arrojado muerto uno de ellos á la arena; andaba por allí un perro con hambre, quebró las conchas, despedazó el cuerpecillo, y tiñó en aquella sangre los labios y los dientes. Volvió á su casa, reparó en la hermosísima mancha su dueño, observó que no se le quitaba, y siguió al día siguiente los pasos al perro, que goloso de aquellos peces, porque debía ser bocado sabroso, no hallando otros que comer, lamía los pedacillos de las conchas que habían quedado de el que había comido. Recogiólos el dueño y enseñándolos á los pescadores antiguos, conocieron el animal y buscaron ingeniosos instrumentos para cautivarle. Cogieron muchos, esprimieron la sangre con atención; recogida, dejaronla mucho tiempo en los vasos en que la habían esprimido, y hallaron que no se corrompía. Embriagaron luego en ella unas vedijas de lana y quedaron con hermosura y profundidad de rubies. Trataron de hacer vestiduras de esto, y salió la mas vistosa de las vestiduras. Esta sangre entre las cosas corruptibles es la que mas se defiende de la corrupción: créese que dura setecientos años en su integridad. Viendo esta casi celestial propiedad de aquella casi celestial hermosura, la hicieron insignia de su altísima dignidad los supremos magistrados de Roma y los emperadores.

## ENTRE DESPIERTO Y DORMIDO.

(SUEÑO QUE PARECE VERDAD.)

¿Qué es la vida? una ilusión,  
una sombra, una ficción,  
y el mayor bien es pequeño;  
que toda la vida es sueño  
y los sueños sueños son.»  
(CALDERÓN.)

### I.

UNA CITA SINGULAR.

Estábamos en pleno invierno. Era viernes, y volvía yo á mi casa, despues de un paseo bastante largo. Había ya anochecido. Las campanas de las iglesias daban al airé los melancólicos acentos del toque de oraciones. Yo acorté el paso. A pesar mio, de cuando en cuando me detenía, agobiado por la tristeza de mis pensamientos. ¿En que pensaba?... No me acuerdo. Cuando oigo el toque de oraciones, me parece oír la voz de Dios. En esos instantes, pensamos en todo, cruzando el alma por un espacio inmenso de melancolía. En esos instantes todo se admira, todo es grande, todo lo creemos maravilloso, porque el mundo de lo infinito se relaciona íntimamente con nuestro espíritu. Me hallaba solo en el atrio de la iglesia de San Sebastián. Siempre abstraído; meditando siempre; predispuerto á gozar de cuanto halagase á mi fantasía, rico en no sé qué ilusiones; soñando como un loco. Con una brusca transición á la vida real, hubiera sufrido como el niño que coge en un jardín una linda mariposa, y la ve despues escaparse entre las flores, burlándose de su candor. Iba á entrar en la plazuela de Santa Ana, cuando sentí que me tocaban en el hombro. Entonces salí de mi abstracción. Pero debía seguir soñando. Volví la cabeza y me encontré con una mujer envuelta completamente en un espeso y oscuro velo. La luna salió de entre un pequeño grupo de nubes. A su luz quise distinguir lo que el velo ocultaba, pero me fue imposible. Tentado estuve á proseguir mi camino, pero una fuerza superior me detenía. La enlutada me examinaba con curiosidad y en silencio. —¿Eres tú? me dijo al fin. —Yo soy, contesté, con la misma seguridad que el inolvidable Figaro en su artículo *El mundo todo es más caras*. —Si; te conozco, continuó. Eres un niño que juega con las risueñas esperanzas del amor y de la gloria... —¿Crees en Dios? —Si creo. —¿Crearás en mí? —Lo dudo. —¿Por qué? —Porque tienes faldas. La mujer del velo se hizo la desentendida.

—Mañana es sábado,—dijo despues.—Te espero aquí mismo, á las doce de la noche... ¿Vendrás? Vacilé algunos segundos. Pero estaba soñando y volaba en pos de aventuras extraordinarias. —Vendré, contesté al fin, con acento firme. —Adios, pues; hasta mañana. —Adios. Y la mujer del velo se alejó como una sombra. Poco despues, entraba yo en mi casa, perdido en un laberinto de ideas, de que no podría sacarme la Ariadna mas entendida en esto de enredos.

### II.

EL AUTOR SE EMPENA EN DORMIR.

Vamos á cuentas, me dije, luego que me ví enteramente solo en mi gabinete, mirándome á un espejo, por ver si se me aparecía el diablo. Cuando era niño oí varias veces, no sé si á mi abuela, que los que se miran de noche á un espejo, encuentran en el cristal la efígie del diablo. Pero esto nada nos importa. El caso es que yo me puse á hacer las siguientes reflexiones. —Venía á casa, pensando en cosas sobrenaturales, cuando me encontré con esa mujer, y... ¿quién es esa mujer? Ella sabe quién soy yo. Sus preguntas fueron breves. se redujeron á asegurarse de mi fé de cristiano, y de la que en ella podría tener con el tiempo.—¿Será alguna romántica exagerada que querrá poner á prueba mi corazón, ó alguna desesperada que ensayará el último recurso de pillar marido? ¿Será joven ó vieja, fea ó hermosa?

A decir verdad, yo no reparé en sus formas, en sus contornos. Ni podía reparar. Solo oí su voz, y su voz me pareció insegura. Luego el lugar de la cita... El cuidado de que fuera en sábado y á las doce de la noche... En tal día y á tal hora dicen que tienen sus reuniones las brujas. ¿Si será ella?

Pero ¡cá! ¡esta idea!... Yo no soy supersticioso, ni puedo convertirme en héroe de los cuentos de la tia Gilita.

Entre estas y parecidas conjeturas, á cual mas extravagantes, se fue apoderando de mí el divino Morfeo, como diría un poeta clasicista; y aunque apenas eran las nueve, me desnudé maquinalmente y me acosté.

—Pero señor, ¿quién será, me repetí, cuando me ví entre las sábanas? ¿Qué me querrá esa mujer ó fantasma, precisamente mañana, á las doce, con tal misterio? Sin duda me va á pasar algo extraordinario.

¿Iré? Sí; he dado mi palabra y no puedo faltar. Lo contrario sería demostrar cobardía, y las mujeres...

No pude concluir mi raciocinio. Mis párpados se cerraban pesadamente. Pensé un instante que si *es sueño la vida* y despierto soñaba cosas tan raras, cuando me durmiese me debían esperar lances estrafalarios y divertidos. Durmamos, pues, y soñemos.

Y pensando y haciendo, apagué la luz que cerca de mi cama ardía, me arropé con cuidado hasta los ojos y me quedé profundamente dormido.

### III.

EL AUTOR SIGUE SOÑANDO.

Estamos en sábado. Son las doce menos cuarto de la noche.

¡Qué frio!

—Pues señor, adelante. La enlutada misteriosa no debe ser la primera en concurrir al sitio de la cita.

Me calo el sombrero hasta las cejas, me embozo bien en la capa, y haciendo el menor ruido posible, me planto en la calle.

Y ahí me teneis, queridos lectores, cruzando intrépido la coronada villa, sin que nadie pueda tener idea de mi escéntrica humorada á una hora en que los aficionados abandonan los teatros y los cafés.

No bien había llegado á Santo Tomás, cuando sentí que se cogían á mi capa.

—No hay necesidad de llegar al sitio de la cita, me dijo una voz parecida á la de la enlutada. Yo *lo sé todo*, y estaba segura de que vendrías por aquí. Vamos á rezar un momento.

No pronuncié una palabra; miré á aquella mujer. Mis miradas se estrellaron en un velo mas largo y mas espeso que el de la noche anterior.

La enlutada no soltó el embozo de mi capa. Yo me dejé arrastrar insensiblemente por aquella sombra.

Las doce daba el reloj de la Trinidad. La última campanada resonó, dejando un eco prolongado y triste que oprimió mi corazón.

La mano de la misteriosa guía, tocó tres veces las puertas de la iglesia de Santo Tomás.

Las puertas se abrieron. Yo me estremecí, vacilé sobre mis rodillas y hubiera caído á no sostenerme el brazo poderoso de la que empujaba á causarme terror.

Yo quería rechazar aquel apoyo. Pero me sentí arrastrar, y entré y crucé en silencio bajo las oscuras bóvedas del templo, y me arrodillé como la enlutada, murmurando una oración poseído de un indecible terror religioso.

—Alza los ojos y observa á tu derecha, me dijo la sombra que de tal modo me dominaba.

La obedecí irresistiblemente.

Por una de las puertas de la sacristía salían dos monges con velas encendidas en la mano y con la cabeza inclinada tristemente sobre el pecho. Detrás salieron otros dos, y luego otros, y despues otros, hasta ciento; todos con la vela en la mano y con la cabeza inclinada, profundamente tristes, silenciosos, abstraídos.

Detrás aparecieron otros cuatro monges, sosteniendo sobre sus hombros un féretro, y avanzaron lentamente hasta colocarse en el centro del templo, entre las dos filas de hermanos que alumbraban la fúnebre ceremonia. Luego dejaron su carga sobre una meseta enlutada pobremente.

—Escucha; me dijo al oído, la sombra del velo.

Los monges entonaron una plegaria con voz pausada, grave, enronquecida tal vez por el dolor. Parecía una súplica á Dios y una despedida á aquel, cuyos restos guardaba el féretro.

Dos de los monges que le habían conducido levantaron una losa, y los otros dos le colocaron con cuidado en el hueco que debajo había.

La losa cayó luego pesadamente, y el féretro desapareció de la vista.

Los monges fueron de dos en dos á besar aquella losa.

Los acentos de la plegaria se extinguieron poco á poco.

Las cien luces se apagaron al mismo tiempo, y las sombras de los monges, siempre tristes y con la frente inclinada, se perdieron como fantasmas en la oscuridad.

La puerta de la sacristía rechinó al cerrarse.

Despues todo quedó en silencio.

—¿Sabes, me dijo la enlutada, de quién es el cuerpo que debajo de aquella losa guardaron?... Del mas apuesto y hermoso caballero de la corte del rey-poeta. El ambicionó como tú; como tú soñó en amores; corrió como tú en pos de la gloria... Pero el tiempo y los desengaños le dijeron: *Omnia vanitas!* y vino aquí á llorar, y ha muerto monge... y le lloraron sus hermanos y, como viste, ellos le dieron sepultura.

Aquella voz, en aquel instante, en aquel sitio, me hacía un daño horrible.

Me levanté desalentado, trémulo, calenturiento.

Las puertas del convento se hallaban abiertas. Quise huir de la que me subyugaba de tal modo; pero no bien estuve fuera del templo, cuando me sentí otra vez asido del embozo de la capa.

La enlutada acercó al mio su rostro encubierto, y soltó de pronto una carcajada sarcástica, que hizo correr un sudor helado por mi frente.

—¿Tienes miedo de tí mismo? me dijo; ven... ven...

Y cogiendo convulsivamente una de mis manos, me arrastró tras de sí con una fuerza prodigiosa, irresistible.

La humedad de la noche entumecía mis miembros.

El frio del terror estremecía mi alma.

Y así la sombra corriendo, corriendo, y yo arrastrado, arrastrado siempre, siempre detrás, llegamos al cementerio de San Luis.

La mano de la enlutada tocó tres veces la puerta, y la puerta se abrió con la misma facilidad que las de la iglesia.

Entramos. Yo, rendido de terror y de cansancio, caí de rodillas bajo las ramas de un ciprés.

Ciento cinco esqueletos, envueltos en blancos sudarios, con luces en la mano, rodeaban una fosa que aparecía en el centro del cementerio.

—Esa es tu sepultura, murmuró á mi oído la enlutada.

Esos esqueletos son los cien monges que alumbraban en Santo Tomás, los cuatro que llevaban el féretro y el que el féretro encerraba.

Escucha y recuerda.

Los esqueletos entonaron la plegaria con aquella misma voz pausada, triste y enronquecida.

Cuando los acentos iban estinguéndose, una fuerte ráfaga de viento apagó las ciento cinco luces.

Los esqueletos cruzaron lentamente por donde yo me hallaba, y fueron á perderse como sombras en el fondo de los nichos.

No pude mas. Me levanté y salí del cementerio, tambaleándome como un borracho. A la puerta me aguardaba la enlutada, que se acercó á mí con solicitud, y enlazó mi brazo con el suyo.

—Ahora no puedo abandonarte, me dijo; te serviré de apoyo. Y ella condujo mis pasos, y yo volvía á cada instante la cabeza, creyendo escuchar todavía los últimos acentos de la plegaria.

Poco despues, entrábamos en mi casa, y yo me dejaba caer casi desmayado sobre mi lecho.

—Ambicion, poder, amores, gloria... *Omnia vanitas!* murmuró la enlutada misteriosa, poniendo suavemente su mano fria sobre mis párpados: Duerme, pobre soñador, que algun dia vendré á despertarte.

Y me dormí.

### IV.

EL AUTOR Á LOS LECTORES.

—Señores, buenos dias. Ya estamos en domingo. Y ¡qué sol tan hermoso! Hasta la cama entra á saludarme como una bendición del cielo.

¡Ay!... pero debe ser una bendita... ilusión.

Porque mi venerado poeta-filósofo dice,  
«que toda la vida es sueño  
y los sueños, sueños son.»

EDUARDO BUSTILLO.

### ESCENAS Y COSTUMBRES MARITIMAS.

(CONCLUSION.)

#### LA PRIMERA SINGLADURA. — LOS PASAJEROS A LA SALIDA DEL PUERTO.

La posición horizontal, la quietud, el silencio y la oscuridad son, en efecto, los mejores remedios entre cuantos se han descubierto hasta el día, sino para evitar el mareo, para hacer al menos sus efectos menos sensibles y angustiosos; pero, desgraciadamente para la esposa de Argensola, nada era suficiente ya á tranquilizarla; la violencia de los movimientos del buque era ya insostenible; cada cabezada, cada balance, cada sacudida se convertían para la buena señora en otros tantos motivos de indescriptible angustia y según la infeliz aseguraba parecía como que le arrancaban las entrañas.

En vano hundía su rostro entre las almohadas y apretaba todo su cuerpo contra los colchones y se bajaba hasta los hombros el pañuelo que tan cuidadosamente había prendido su esposo y gemía suspiraba y rogaba que la echasen en tierra y oprimía la sien con ambas manos; el mal tomaba por instantes proporciones más colosales, la crisis estaba llamando á las puertas de su trastornado estómago y los síntomas se hicieron de tal modo sensibles, que el capitán, después de recorrer con la vista toda la cámara y de no hallar en esta lo que buscaba, se acercó precipitadamente al pie de la escalera y gritó á los de cubierta. — «¡Un balde! ¡Un balde al instante!»

El piloto, fuera ya de puntas el buque, navegando envuelta de afuera con rumbo abierto y sin asomos del menor peligro, creyó que su presencia sobre el puente, no era ya indispensable, comprendió cuán apurado se hallaría su capitán solo en la cámara con tres pasajeros, que suponía mareados á la vez, y desceoso de ayudarle en la poco agradable faena en que debía hallarse ocupado, bajó por sí mismo, no un balde sino dos, y entró en la cámara, ocupadas con ellos ambas manos.

Y era ya tiempo de que llegase el utensilio que el capitán había pedido; porque no bien el nuevo personaje que iba á tomar parte en la escena, había traspasado el umbral de la puerta, cuando incorporándose presurosamente doña Pánfila con la mano en la boca, sacando parte de su cuerpo fuera de la litera y presa de terribles angustias que las contorsiones de su rostro y de su cuerpo revelaban bien á las claras, hizo señal al piloto para que se acercase.

Y el piloto se acercó y colocó uno de los baldes sobre el pañol, bajo la cabeza de la enferma, y el capitán se apresuró solícito á sostener á esta por la frente, con visible disgusto de don Romualdo y...

Lo que pasó después no es, en verdad, para contado y mucho menos para visto, y dejamos que nuestros lectores lo adivinen, en lo cual no tendrán que cansarse mucho.

Las angustias de doña Pánfila iban progresivamente en aumento; los alfileres de su pañuelo, que la sofocaba de una manera insostenible, fueron desapareciendo uno tras otro; un sudor copioso bañaba su rostro; el manto, suelto como estaba se le hizo al fin insufrible, y se afanaba por arrojarlo de sí, sin tener la buena señora en cuenta lo escotado de su vestido y que sus espaldas, sus hombros y su seno iban á quedar en descubierto.

Argensola que permanecía sentado en el pañol asombrado del afán inconveniente de su mujer, luchaba á su vez por sujetar el pañuelo y la reprendía, aunque con la mayor suavidad, y se desesperaba y palidecía y se agitaba en su asiento de una manera cruel al ver que su esposa, en vez de obedecerle, luchaba cada vez con más empeño por arrojar de sí aquel estorbo que la ahogaba, que aumentaba sus angustias, que no la permitía moverse y respirar con libertad. El celoso marido se incorporaba para ocultarla con su cuerpo á las miradas de sus dos amigos, á quienes apartaba bruscamente con el brazo cuando trataban de acercarse á la litera, y la inquietud y la angustia y la desesperación llegaron en él á su colmo al ver que doña Pánfila, impulsada por las terribles angustias de que estaba siendo presa, echó las manos á la abertura de su vestido, que se abrochaba por delante, y tiró de los dos lados con tal violencia que los corchetes saltaron todos unos tras otros desde el pecho á la cintura.

Y no hay que censurar por esto á la buena señora, no;



JUAN DE LAS VIÑAS. — UNA REPRESENTACION AL AIRE LIBRE.

en momentos normales hubiera sido seguramente aquella determinación, inconsiderada y reprehensible en alto grado, porque entre las virtudes que deben adornar á una mujer es el pudor la primera; pero en aquellos instantes ¡Oh!... las que hayáis pasado desgraciadamente por trances análogos sabéis demasiado bien cuánto estorba, que molesta causa la menor opresión en el cuerpo de una mujer mareada; cuán poco se reflexiona entonces, con cuánta indiferencia se mira todo lo que existe y pasa en la habitación, cuán poca cuenta puede darse de lo que se dice y de lo que se hace: la persona que se marea pierde en sus momentos de agonía la razón, el sentido y hasta la conciencia de sí misma.

¡Pero váyale usted con estas reflexiones á un marido celoso que tiene su estómago en buen estado!...

Así es que el tormento, el desasosiego, la desesperación de don Romualdo no conocían ya límites, y el pañuelo de su mujer y las mantas de la cama, impelidas en sentido contrario por ambos esposos, estaban en un continuo sube y baja capaz de arrancar una sonrisa á un Júpiter de mármol.

Y no era lo peor cuando doña Pánfila, libre por un momento de sus angustias, se dejaba caer sobre la cama cual si fuese una masa inerte y permanecía boca abajo pegada su frente á las almohadas, porque entonces le era fácil al administrador de salinas sujetarla la ropa, y en todo caso solo sus hombros y una parte de las espaldas quedaban espuestas á las miradas de los dos marinos, pero cuando llegaban para ella los momentos de crisis y se incorporaba de frente y arrojaba de sí cuanto la estorbaba y se cogía con ambas manos al brazo del que sostenía el balde y se erguía y se encorbaba, á impulso de terribles angustias, y no permitía que la tocasen y mucho menos que la sujetasen el pañuelo y era preciso además sostenerla por los hombros y la frente para que en un movimiento inconsiderado no se dejase caer sobre el borde del catre, la rabia contraía horriblemente el rostro de Argensola.

Y añadid á esto que el celoso marido, poco familiarizado con el continuo movimiento de los buques, no podía aguantarse de pie sin apoyar al menos una mano en las paredes de la cámara, ni sujetar por lo mismo la frente ni los hombros de su mujer viéndose precisado á consentir que el capitán y el piloto lo hiciesen, y que su estómago, firme hasta entonces, principiaba á inquietarse por simpatía á la vista de aquellos malditos baldes que

subieron cargados sobre el puente y bajaron limpios á la cámara tres ó cuatro veces por lo menos, y comprendieris todos lo horrible de la situación del futuro vista de la aduana de Barcelona y cuánto debió sufrir el infeliz en aquellos momentos.

Los que os hayáis sometido al santo yugo del matrimonio libraos de meter en un buque á vuestra mujer si sois celosos; y si caéis en tan mala tentación, ó no podeis pasar quizás por otro punto, encerraos á solas con ella durante la primera singladura y si por desgracia cambiaseis también la peseta... dejad correr el tiempo, y venga lo que viniere: nada más puedo aconsejaros.

Como todo en este mundo de miserias tiene al fin su término, las angustias de doña Pánfila fueron haciéndose cada vez menos frecuentes; una taza de té, bastante cargada de ron, tranquilizó momentáneamente su estómago, sintió que sus ojos se cerraban; á pesar suyo; se dejó caer al fin, sobre la cama, tan sin conciencia de sí misma que no se hubiera movido, aunque pasasen á escape sobre la infeliz dos escuadrones de coraceros, y unos momentos después dormía profundamente, y Argensola pudo estender al fin sobre su carísima consorte el pañuelo y las mantas sin que le opusiese resistencia.

Pero apenas el celoso marido vió á su mujer tan envuelta en ropa como deseaba; apenas cesó la agitación nerviosa en la que la escena anterior le mantenía constantemente, retardando los efectos del mareo que estaba llamando á sus puertas; apenas advirtió que sus dos amigos, sin objeto plausible que los retuviese en la cámara, se disponían á subir sobre cubierta, el ex-administrador de salinas pudo pensar en sí mismo, pasó una minuciosa revista á su interior y comprendió que se mareaba, y que se mareaba á todo trapo y trató de levantarse con ánimo de seguir á los dos marinos, ansioso de respirar el aire libre; pero sus piernas flaquearon, se dejó caer abatido sobre el pañol y pidió una taza de café.

Nuestro pequeño cocinero se presentó momentos después á la boca de la escalera con una cafetera en la mano; intentó poner los pies en el primer peldaño y le pareció

que la tabla se le escapaba, que su vista no descubría con claridad los objetos y que la claraboya á que se hallaba fuertemente cogido se movía: el pobre niño estaba mareado también, aunque no con la misma intensidad que en su primer viaje.

Emprendió, sin embargo, el descenso, llevando la cafetera en la boca y cogido con ambas manos á la barandilla; pero en uno de los balances rodó el infeliz la escalera y cayó á los pies del capitán que, jurando y maldiciendo al advertir que el café se había vertido, cogió al niño por la cintura, le suspendió hasta la altura de la entrada y le arrojó sobre cubierta, cual si fuese una pelota de viento.

Se oyó un ruido sordo en el puente; al ruido se siguieron unos ayes lastimeros, un llanto desgarrador, y en medio de aquel llanto se oían las palabras, ¡madre mía! ¡madre mía! casi ahogadas por reconcentrados sollozos.

La hija de Argensola, que se hallaba acostada y á medio dormir en una de las literas, se arrojó de un salto al suelo, pasó por entre el capitán y el piloto con la rapidez de una saeta y subió la escalera con una seguridad asombrosa.

Si un instante después os hubieseis acercado á la popa del *Relámpago*, hubieseis visto á Ceferino tendido y bañado en sangre entre la obra muerta de babor y la entrada de la cámara, á la inocente y tierna Eloisa arrodillada á su lado acariciándole, consolándole y vendándole la cabeza con su pañuelo de bolsillo, empapado en agua y vinagre, y al contramaestre Monteavaro, cruzado de brazos y apoyado al palo mayor, contemplando aquella tierna y conmovedora escena.

El rudo marinero lloraba de emoción y quizás también de rabia.

Y el timonel, á cuyas inmediaciones se hallaban los dos niños, volvió la cabeza como para examinar la dirección del viento, con el fin de ocultar dos gruesas lágrimas que rodaban por sus mejillas.

Y la sensible Adelaida, en el templo quizás orando en aquel instante por su hijo.

EL CAPITAN BOMBARDA.

DIRECTOR, D. J. GASPÁR.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSE ROIG. — IMP. DE GASPÁR Y ROIG,  
EDITORES. MADRID: PRÍNCIPE, 4. 1860.